

La batalla de los manuales

GERMAN COLMENARES*

Una comunicación reciente de la Academia Colombiana de la Historia al Ministerio de Educación ha suscitado una polémica sobre la utilización del saber histórico. Según el criterio de esa docta institución, incorporar en los textos de enseñanza media y elemental el estudio de problemas sociales y económicos del país constituye un peligro para los educandos. Se reprocha también que los textos que originaron la polémica hayan tratado con ligereza las figuras de algunos próceres nacionales. Además, en repetidas ocasiones el presidente de la Academia ha insistido, a través de artículos periodísticos, en la necesidad de avisar el culto del general Santander, al que se atribuye la fundación civil de la República.

Un debate de este estilo parece impensable en muchos sitios de la tierra. En Colombia, se trata apenas de un capítulo menor de una confusión generalizada y de un

talante de intolerancia que ha sido capaz de penetrar hasta el olimpo sereno de las instituciones académicas. En muchos aspectos, y de manera humorística, el debate recuerda las controversias del siglo XVIII de Don José Celestino Mutis, quien quería introducir en la enseñanza el sistema copernicano contra la obstinada defensa del viejo sistema ptolemaico por parte de una orden religiosa encargada también de velar por la sana doctrina.

Exorcizar el pasado

Hoy, el saber histórico se muestra mucho más modesto, o más escéptico, que en épocas pasadas sobre su presunta utilidad. Creo que muy pocos historiadores dentro de la comunidad académica internacional pondrían en duda las conclusiones del historiador inglés J.H. Plumb sobre "la muerte del pasado". Según Plumb, la historia debe ayudarnos a exorcizar el pasado, o al menos un pasado que ha sido creado como una ideología que busca "controlar individuos, o motivar sociedades o

inspirar clases". La historia sólo puede alcanzar sus virtualidades como conocimiento en la medida en que contribuya a limpiar la corrupción de "engañosas visiones de un pasado con finalidad". Pero si el historiador ya no puede, en palabras de Plumb, "proporcionar legitimaciones a la autoridad, ni a élites oligárquicas o aristocráticas, ni a destinos inherentes cobiijados bajo un ropaje nacional", en cambio sí puede enseñar algo todavía con respecto a la naturaleza del cambio social.

Aquí cabe preguntarse cuál puede ser el destino de esta pequeña parcela de sabiduría que le queda a los historiadores en países en los que el cambio social encuentra las resistencias más encoradas y en los que, en medio de las más extremadas convulsiones sociales, los esfuerzos por comprender el cambio se señalan como una complicidad con fuerzas oscuras y desestabilizadoras. Un buen ejemplo, entre otros países de América Latina, podría ser el de Colombia. En el curso del último medio siglo, Colombia ha

* Profesor de Historia, Universidad del Valle.

traspasado definitivamente los umbrales de lo que podría denominarse vagamente una sociedad tradicional y ha penetrado en las incertidumbres de las sociedades modernas. Esta transformación radical ha estado repleta de incoherencias y se ha acompañado de violencias inauditas. Durante casi dos decenios, un crecimiento demográfico sin precedentes, que anulaba los efectos de cualquier meta razonable de desarrollo, coexistió con un vasto movimiento de migraciones rurales que invertieron los patrones de asentamiento de la sociedad colombiana. Tres cuartas partes de un país, que apenas impresionaban la retina de los viajeros con imágenes bucólicas de sociedades campesinas, vinieron a agolparse de súbito en barriadas urbanas en demanda de las más elementales condiciones de vida.

El desafío del cambio

Fenómenos de esta amplitud debían someter a una prueba muy ruda no sólo a las instituciones establecidas o a la capacidad de respuesta de los grupos dirigentes sino a los patrones mentales mismos con los cuales se enfrentaba el cambio social. Este mismo desafío debía encararse por parte de las disciplinas académicas. Algunas de ellas, como la economía y la sociología, interrogaban inútilmente a los historiadores en búsqueda de respuestas a algunos problemas como el de la evolución de los patrones de la tenencia de la tierra, las formas históricas de la evolución del trabajo, los ciclos demográficos, la expansión de fronteras agrícolas, los factores históricos de procesos de industrialización, el origen de tensiones regionales, las características de la formación de empresarios, la base étnica original de la conformación de sectores sociales, el sentido de la formación cultural, el significado exacto y el papel histórico de caudillos y gamonales: la lista de problemas que debían abordarse con urgencia podría ser interminable. Sin embargo, la naturaleza del saber histórico, tal como se concebía en Co-

lombia hacia 1950, inhibía cualquier respuesta seria y fundamentada a estos problemas. Veamos brevemente por qué.

Texto canónico

Tradicionalmente, el Ministerio de Educación, con la asesoría de la Academia Colombiana de Historia, ha ejercido un control sobre la enseñanza de la historia en los niveles medio y elemental. Los textos escolares reflejan, así sea con algún retraso y de manera simplificada, el estado de las investigaciones y del saber histórico. Que estos últimos no hayan sido muy dinámicos durante toda la primera mitad de este siglo parece demostrado por el hecho de que el texto canónico por excelencia destinado a la enseñanza de la historia patria y algunos derivados se hayan mantenido inalterados hasta hoy. El texto de los señores académicos José María Henao y Gerardo Arrubla, una síntesis muy útil para apreciar los problemas que planteaba la historiografía colombiana del siglo XIX, se convirtió en el texto escolar por excelencia. Varias generaciones de colombianos no tuvieron otro horizonte histórico que esta narrativa lineal, en la que los gobernantes se sucedían unos a otros como un emblema de la legitimidad en la sucesión del poder. Así, para actualizar el conocimiento histórico, bastaba añadir los nombres de aquellos gobernantes que habían accedido al poder desde la última edición del texto.

La forma canónica de esta narrativa había quedado establecida ya en el siglo XIX en las obras de Don José Manuel Restrepo y Don José Manuel Groot. Sin embargo, el hilo argumental de estos autores, que movilizaba un enorme caudal de datos escasamente renovado por las investigaciones hasta 1955 y que buscaba afirmar la necesidad del imperio de la ley sobre las pasiones (en el caso de Restrepo) o la conservación de la influencia política y moral de la Iglesia católica (en el caso de Groot), era dejado de lado para convertir una secuencia de eventos políticos o de batallas en una

materia sagrada que debía asimilarse ritualmente. El texto de mi propio bachillerato, un derivado del texto canónico que en 1960 alcanzaba la 9a. "edición revisada" (hno. Justo Ramón S.C. *Historia de Colombia. Significado de la obra colonial. Independencia y Repùblica. 9a. edic. revisada. Bogotá, 1960.*) La revisión consistía en añadir los nombres de la junta militar y de Alberto Lleras a la 6a. edición de 1954), invitaba a un "acercamiento a los umbrales de la historia" para "acendar el más noble sentimiento de nacionalidad". Con este objetivo en mente, el autor dedicaba 218 páginas de 420 a narrar las gestas de la Independencia. El carácter religioso que se impartía a este "umbral" diluía una temporalidad antes y después de las gestas heróicas. Los veinte años de ocurrencias entre 1810 y 1830 pugnaban por llenar casi todo el texto, la intensidad de la "historia-batalla" invadía casi íntegra la temporalidad de papel y se cerraba en sí misma como sentido del resto de la historia. Este esquema estaba calcado de la concepción histórico-religiosa agustiniana en el que la Encarnación trasciende su propia temporalidad para dotar de sentido a la historia humana entera. Unas cuantas páginas, ordenadas por la sucesión de gobernantes republicanos, apuntaban aquí y allá a un proceso puramente secular, en el que debían registrarse los progresos materiales, las guerras civiles, las controversias entre los partidos, pero no como desenlace de la parte sagrada sino más bien como su negación o como un contraste que debía servir para idealizar todavía más el núcleo esencial e intocable de la historia patria.

Oro y escoria

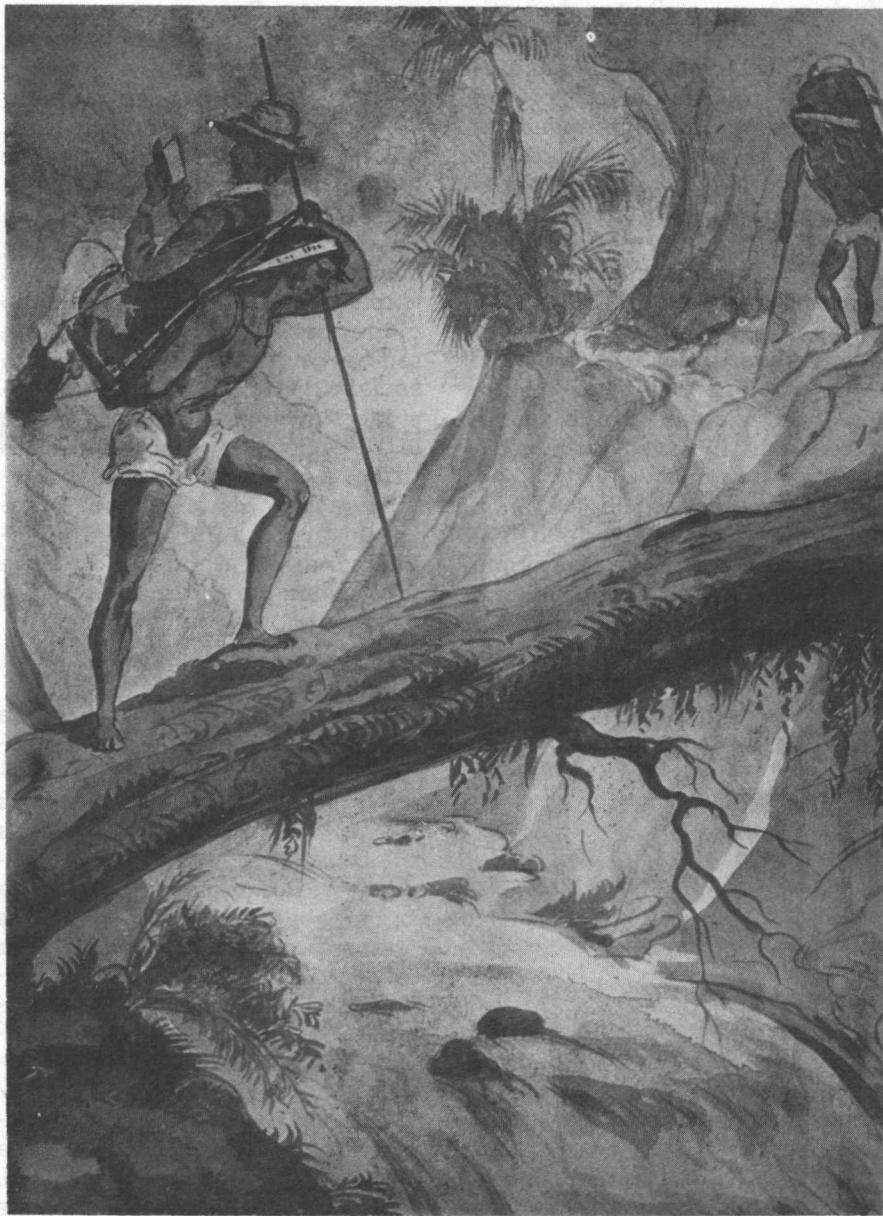
Algunas cuestiones mal planteadas daban lugar a las más extrañas apologías o a las condenaciones morales más grotescas. Como una introducción sumaria a la historia patria, los autores de manuales escolares se sentían obligados a hacer un balance preliminar sobre el significado de la

conquista española y del período colonial. En veinte o treinta páginas se despachaban 300 años, una vez que se decidía sobre la "cuestión española" y sobre la "cuestión indígena".

La "cuestión española" debía responder a una pregunta retórica sobre si la conquista había traído beneficios a los primitivos habitantes de América. La respuesta a este curioso problema debía balancearse cuidadosamente por cuanto treinta páginas más adelante los estudiantes encontrarían la exposición de las querellas de los próceres criollos contra el coloniaje español. Veamos uno de estos juicios, tomado de un manual que en 1972 había merecido una duodécima edición (Rafael M. Granados S.J. *Historia de Colombia. La Independencia y la República.* 12a. edic. Bogotá, 1972):

"Consecuencias de la conquista española. Si somos imparciales y justos, tenemos que alabarla por los grandes beneficios que nos reportó: de España recibimos el beneficio incalculable de la religión que mostró a nuestros indígenas el sendero del mundo mejor que esperamos y señaló también a aquellos el camino de la virtud y los purificó de vicios; España nos dió una raza privilegiada; nos dió su idioma, rico y encantador".

La "cuestión indígena", no exigía de este autor tantos esfuerzos a su imaginación valorativa: "La cultura azteca como la (maya) – nos enseñaba – es especialmente digna de encomio" y acto seguido enumeraba aquellos rasgos que merecían su aprobación. Para agregar enseguida: "Todo esto no obstante, la moral mejicana era muy inferior a la de las naciones auténticamente civilizadas... el pueblo mejicano presente fuertes contrastes de grandeza y abyección; aunque no fuera sino por su canibalismo, este pueblo debía perecer". Después de enumerar algunas de las culturas americanas con juicios de valor siempre rotundos, el manual dedicaba unos cuantos párrafos a "las culturas inferiores" y nos enseñaba que, "hecha salvedad de los pue-



blos anteriormente mencionados, las demás naciones americanas son dignas de compasión profunda por su abyección y envilecimiento".

Estos juicios sin apelación en un país que todavía cuenta con grupos indígenas que se ven cada vez más amenazados por la explotación y la injusticia no eran muy tonificantes. Como no lo eran los calificativos a quienes participaron en movimientos populares a mediados del siglo XIX de "elementos abyectos de la sociedad" o "chusmas secuaces".

Mistificación y ruptura

La carencia más obvia de los manuales dedicados a la enseñanza de la historia patria era su falta de apoyo en la investigación histórica. Las gestas patrióticas podían reproducirse en detalle gracias a la labor de los historiadores del siglo XIX que habían dado a su presentación una forma canónica. Con ellas quería transmitirse el sentimiento exaltado de los próceres mismos, que habían inventado un lenguaje con el cual podía sustituirse la majestad mo-

nárquica y sus atributos de justicia y de clemencia. La legitimación a través de símbolos como el de la "sangre derramada", pronto se encarnó en la figura misma del héroe. Este aspecto religioso-ritual de la revolución iba a ser el elemento más duradero de las historias patrias. El mismo núcleo básico podía enmarcarse dentro de patrones de historia institucional y adicionarle algunas consideraciones culturales (sobre el arte en la colonia, por ejemplo) o detalles superficiales sobre la economía o las distinciones sociales basadas en las etnias.

Desde mediados de los años cincuenta y comienzos de los sesenta aparecieron algunas obras aisladas en las que un problema concreto recibía un análisis riguroso y un tratamiento metodológico adecuado. Estas obras fueron precedidas por la aparición, en 1942, del libro de Luis Eduardo Nieto Arteta sobre *Economía y cultura en la historia de Colombia*, el cual desplazaba el centro de gravedad de la historia colombiana de la época herólica al período de las llamadas *reformas del medio siglo*. Al concentrar su atención sobre este período, Nieto Arteta podía establecer con más claridad las conexiones entre las transformaciones de la economía y la posición de los diversos factores sociales que comenzaban a expresarse a través de partidos políticos. En 1955 apareció una obra pionera que volvía a insistir en la complejidad de las relaciones entre el desarrollo económico y la política al exponer detalladamente los vaivenes de la política económica entre 1810 y 1830. Debe decirse, sin embargo, que la obra de Don Luis Ospina Vásquez tuvo un efecto inmediato más perceptible en las investigaciones de estudiantes anglosajones que en las de los colombianos.

Protagonista, el Indio

En 1957 apareció un libro de un sociólogo, Orlando Fals Borda (*El hombre y la tierra en Boyacá*), que ponía en primer plano a un indio que el trajín de los fastos heróicos había hecho desaparecer misteriosamente. Por su parte, un etnohistoriador, Juan Friede, venía insistiendo tercamente también en la realidad histórica tangible del indio en Colombia y un antropólogo, Gerardo Reichel Dolmatoff, sintetizaba en 1965 (*Colombia. Ancient Peoples and Places*. Londres, 1965) el significado de sus propios hallazgos y el de otros trabajos arqueológicos de por lo menos dos décadas. En 1963 apareció el primer *Anuario de historia social y de la cultura* de la Universidad Nacional de Colombia bajo la dirección de Jaime Jaramillo Uribe. A partir de entonces, la investigación histórica fue afianzándose en las universidades colombianas en donde se crearon programas para formar docentes e historiadores profesionales.

Los problemas

En el último cuarto de siglo, la institucionalización de la investigación en las universidades públicas y en algunas de las privadas ha multiplicado las perspectivas históricas. Se conoce mejor la historia de la tenencia de la tierra, ha habido investigaciones y debates sobre el modelo agroexportador del siglo XIX y los ciclos de la agricultura comercial, existen exploraciones sobre demografía histórica, el análisis de los partidos políticos ha perdido el esquemático doctrinario y las guerras civiles del siglo XIX se ven en una perspectiva económica y social, se discierne mejor la función de las categorías sociales en cada período histórico, la historia de la educación, de la ciencia y del arte están en pleno florecimiento e inclusivo del análisis de la violencia reciente se ha convertido en un punto de confluencia interdisciplinaria para historiadores, sociólogos y científicos políticos. Sin alcanzar las proporciones de una industria académica, toda esta producción ha encontrado canales de difusión a través de revistas, de colecciones universitarias y hasta de grandes proyectos editoriales. A partir de 1974 se celebra cada dos años un congreso nacional de historiadores, del cual ha surgido una asociación en 1987. La nor-

malización del trabajo investigativo ha permitido también la recepción y difusión de trabajos de especialistas norteamericanos y europeos que solían permanecer ignorados, aún cuando tocaran problemas esenciales del país.

Esta actividad investigativa ha captado también influencias muy diversas en lo que respecta al método o a las teorías sociales. Usualmente se señala una influencia evidente de *Annales* y del rigor empírico de los trabajos universitarios anglosajones. Pero también ha habido un debate muy vivo con diversas tendencias marxistas, sobre todo en el curso del decenio pasado. Hoy, comienza a haber un acercamiento a desafíos y problemas que plantean otras disciplinas. En Colombia se ha producido el caso único de que muchas innovaciones historiográficas provengan de economistas y, todavía más raro, de que los economistas mantengan un debate con los historiadores.

Libre discusión

Todo esto comienza a reflejarse en los manuales dedicados a la enseñanza media y elemental. Desde hace poco más de diez años han ido ganando terreno los manuales producidos en medios universitarios. Uno de los más difundidos (Carlos Alberto Mora y Margarita Peña, *Historia socioeconómica de Colombia*. Bogotá, 1984), aunque forzosamente elíptico y metido dentro de la camisa de fuerza de los programas oficiales, significa al menos un compromiso entre la narrativa tradicional y los resultados de investigaciones recientes. Intentos más radicales de romper con patrones cronológicos y de introducir en las aulas escolares una discusión viva no apoyada en la autoridad de los textos, ha suscitado la alarma de la Academia colombiana de historia. Tal vez sin pretenderlo, los alegatos de la benemérita institución y la incansable cruzada periodística de su presidente han enriquecido los materiales con los que puede animarse un buen debate escolar en el quinto año de bachillerato.